

Todos somos extranjeros

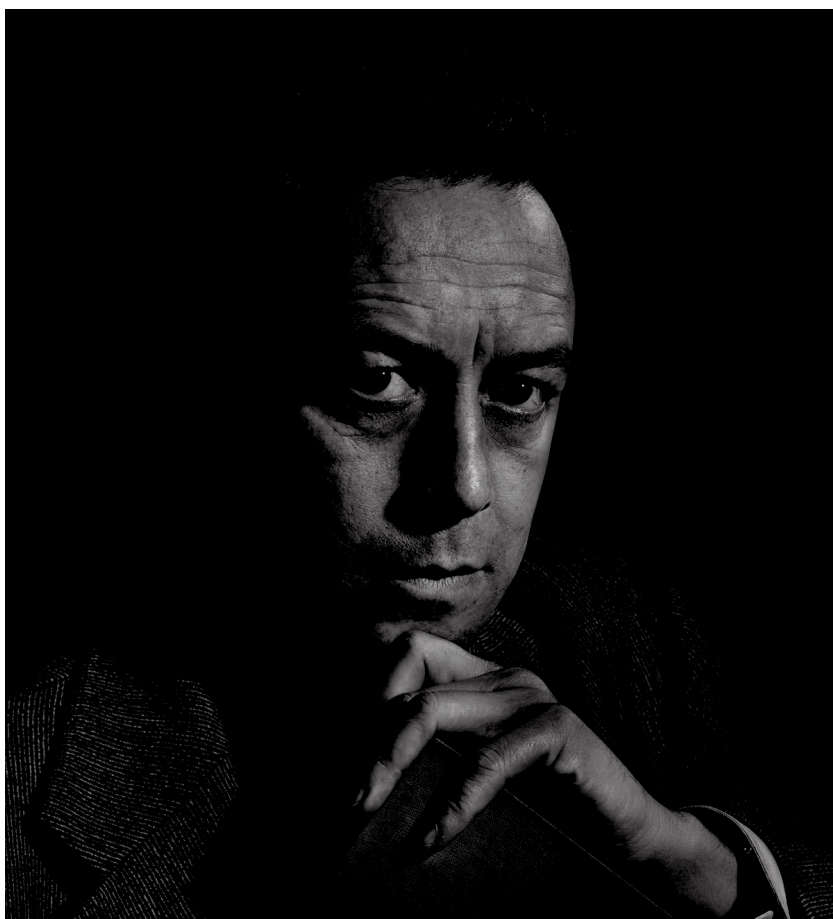
Guadalupe Loaeza

El extranjero, la novela emblemática de Albert Camus, muerto hace medio siglo, sigue provocando el asombro y la duda frente a la condición humana. Meursault, el protagonista de la obra, se erige como una metáfora del hombre moderno. Guadalupe Loaeza transcribe uno de los momentos cruciales del texto y reflexiona acerca de nuestra incurable extranjería en el mundo.

Cuando en 1942 en la Francia ocupada apareció *El extranjero*, de Albert Camus, se dijo que era la mejor novela que se había escrito desde el armisticio. En medio de la producción literaria de aquel tiempo, el libro mismo resultaba ser un extranjero. Camus declaró:

Hace mucho tiempo resumí *El extranjero* por medio de una frase que yo mismo reconozco es muy paradójica: “En nuestra sociedad todo aquel que no llora en el entierro de su madre toma el riesgo de ser condenado a muerte”. Yo sólo quería decir que se condenó al héroe del libro porque no quiso seguir el juego. En este sentido él es un extranjero para la sociedad en la que vive, es un errante marginal, solitario, sensual. Es por eso que algunos lectores han estado tentados de considerarlo como un desecho. La respuesta es muy sencilla: se rehúsa a mentir.

“Por absurdo que parezca soy un personaje sin nombre, sólo tengo un apellido: Meursault. No soy ni bueno ni malo. Ni moral ni inmoral. Estas categorías no me convienen; formo parte de una especie muy singular a la cual se le ha reservado el nombre de absurdo. Vivo y trabajo en Argel como empleado en una oficina. Una mañana, recibí un telegrama del asilo de ancianos de



Albert Camus fotografiado por Yousuf Karsh

Marengo, en donde mi mamá vivía: Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias, decía aquel papel amarillento y arrugado. Después de leerlo me parecieron palabras que no tenían ningún sentido. Lo que querían decir, tal vez, era que mi madre había muerto la víspera. Mi patrón no pudo negarme los dos días de licencia que le pedí aunque me los concedió de mala manera. No es culpa mía, le dije. No me dio las condolencias de rigor. Era un poco como si mamá no estuviera muerta. Comí en el restaurante de Celeste, como de costumbre. Sólo se tiene una madre, me dijo uno de mis compañeros. Tomé el autobús a las dos de la tarde. Hacía un calor infernal y me dormí casi las dos horas que duró el trayecto. Llegué al asilo y me entrevisté con el director. Después de las formalidades del caso, acepté todas las reglas del ritual mortuario. El director me dijo que mi mamá había sido más feliz en el asilo que conmigo. Yo era demasiado joven y se aburría. Era verdad. Cuando estábamos en casa no hablaba y sólo me seguía con la mirada. Me rehusé a ver su cuerpo tendido. Pero todas sus amigas, unas viejecitas desdentadas, algunas llorando, rodearon el cajón. Por un momento tuve la ridícula impresión de que estaban allí para juzgarme. No intercambiamos ni una palabra. No sé comunicarme con los demás.

“Al día siguiente, el cortejo fúnebre se dirigió hacia la iglesia del pueblo que quedaba a tres cuartos de hora a pie. Había un anciano que apenas podía seguir el cortejo. Era un tal Tomás Pérez, compañero de asilo de mi mamá. Los demás decían que era su novio. Vestido con mi traje oscuro, sentía el calor aun más insoportable. La iglesia, el cementerio, el desmayo de

Pérez, el entierro, la gente, las voces, el pueblo, la espera del autobús delante de un café, todo me parecía como si lo estuviese soñando. Me alegré cuando el autobús entró a la ciudad de Argel y pensé que iba a acostarme y a dormir durante doce horas. Enterré a mi madre sin derramar una sola lágrima, pero no quise simular un dolor que no sentía.

“Al día siguiente, sábado, decidí irme al puerto a nadar. Me encontré a María, una chica que había trabajado como secretaria en la misma oficina que yo y a la que había deseado en otro tiempo. La invité a nadar conmigo y luego a ver una película cómica de Fernandel. Cuando se dio cuenta de que estaba yo de luto le llamó la atención que mi madre hubiese muerto el día anterior. Le quise decir que no era mi culpa, pero preferí callar. De todas formas, uno se siente algo culpable. Pasamos la noche juntos. Cuando me desperté, María se había marchado. Pensé que era domingo y me fastidió: no me gustan los domingos. Dormí hasta las diez. Luego estuve fumando cigarrillos hasta mediodía, siempre acostado. No quería almorzar en el restaurante de Celeste como de costumbre, porque indudablemente me hubieran formulado preguntas, cosa que no me gusta. Cocí unos huevos y los comí solos, sin pan, porque no tenía más y no quería bajar a comprarlo. Pasé la tarde fumando en el balcón y observando el movimiento de la gente. Pensé que, después de todo, era un domingo de menos, que mamá estaba ahora enterrada, que iba a reanudar el trabajo y que, en resumen, nada había cambiado. Mi vida iba a seguir su curso normal. Me sentía libre, sin el menor deseo de aventura o de cambio. Mi universo se limitaba a mi oficina, mi barrio, la playa



Con Catherine Sellers



Albert Camus fotografiado por Mamine Koestler



Con André Malraux



Con Francine

cuando me invitaban. Esto era suficiente para mí. Lo demás no me significaba nada.

“Volví a mi trabajo. Mi patrón me dio el pésame y me preguntó la edad de mi mamá. No la supe. De regreso a mi casa me encontré, como siempre desde hace ocho años con el viejo Salamano, su perro sarnoso y a Raymond Sintés, un segundo vecino que, sin variar, me invita a comer algo en su habitación. Acepto para no tener que cocinar. Pero si no me invitara me daría exactamente lo mismo.

“Trabajé mucho toda la semana. Fui dos veces al cine con María. El sábado la invité nuevamente a la playa y juntos pasamos la noche. María me preguntó si la amaba y yo le respondí que eso no tenía sentido, pero que pensaba que no estaba enamorado de ella. Para mí el amor no existe, ni los amores. No me interesa conocer esos grandes sentimientos abstractos, continuos y todos iguales. Sólo cuenta el presente, lo concreto. En otra ocasión, me dijo que si quería casarme con ella. Le expliqué que para nuestra relación el casarse no tenía la menor importancia, pero que si así lo deseaba nos casaríamos. También mi patrón me hizo una propuesta. Enviarme a la nueva oficina que iba a abrir en París para que tuviese un cambio de vida. No me interesó su oferta. Se mostró descontento, me dijo que siempre respondía con evasivas, que no tenía ambición y que eso era desastroso en los negocios. ¿Por qué no pudo entender? No se cambia de vida, todas valen lo mismo.

“El domingo, fuimos a la playa, Raymond, mi vecino, un amigo, María y yo. Había un grupo de árabes, entre ellos estaba el hermano de una joven a la que Raymond había golpeado. No les dimos importancia. Pero después encontraron un momento para agredirnos. El sol me molestaba. Todo aquel calor sofocante pesaba sobre mí. Uno de los árabes hirió a Raymond, que venía armado. Para evitar que usara el arma, embru-

tecido por el calor y cegado por las lágrimas y el sudor, cometí un acto que me pareció un poco extraño: le disparé al árabe. En ese momento, comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa en la que había sido feliz. Entonces, tiré aún cuatro veces sobre un cuerpo inerte. Y eran como cuatro breves golpes que daba en la puerta de la desgracia. Me sentí culpable de la destrucción que había causado.

“Fui llevado ante un juez de instrucción para ser interrogado. Yo no quise abogado, pues consideré que mi caso era muy sencillo. Pero me enviaron uno que me preguntó si había sentido dolor cuando mi mamá murió. El abogado quería que yo dijera que ese día había reprimido mis sentimientos naturales. Le dije que eso era totalmente falso. También quería que yo mostrara arrepentimiento ante un crucifijo. Le repliqué que no tenía fe y que más que arrepentido o culpable me aburría el tener que contestar las mismas preguntas una y otra vez. Fue cuando permitieron que María me visitara solamente una única vez, que sentí que estaba prisionero. No tenía más libertad para estar con ella, para fumar y hacer lo que quisiera. Esto era un castigo y sí tenía importancia. Sin embargo, no me sentía infeliz. Lo que tenía que hacer era matar el tiempo para no aburrirme. Empecé a hacer recuerdos. Dormía lo más posible y leía. Así pasaron cinco meses antes de ser llevado a juicio. El abogado me informó que había otro caso de homicidio más importante que el mío.

“Al entrar al juzgado, vi a mucha gente, periodistas y curiosos. Parecía un club en donde todos se conocían y se saludaban. Me sentí como un intruso. El fiscal comenzó a interrogarme haciendo hincapié en el tema de mi madre: ¿Por qué la había llevado al asilo? ¿La quería? Aparecieron los testigos. Entre ellos, el director y el conserje del asilo, a quienes se les tomó testimonio. Ambos hablaron de mi negación a ver el cuerpo de mamá, que



Albert Camus con Jacques Lacan, Cécile Éluard, Pierre Reverdy, Louise Leiris, Zanie de Campan, Pablo Picasso, Valentine Hugo, Simone de Beauvoir, Brassai, Jean-Paul Sartre, Michel Leiris y Jean Aubier, 16 de junio de 1944

yo no había llorado, que me había ido inmediatamente después del entierro sin recogerme ante su tumba, que ni siquiera sabía la edad que tenía. Además, al día siguiente de su deceso, me había ido al cine a ver una película cómica con mi amante. El fiscal ante estas respuestas experimentó una sensación de triunfo. Las cosas no iban resultando a mi favor porque no sólo me estaba juzgando por el crimen sino también por no haber sido un buen hijo. ¿Por qué hablarían más de mí que del crimen? ¿De qué me acusaban? ¿De haber enterrado a mi mamá o de haber matado a un hombre?

“El fiscal insistió en que jamás lamenté haber asesinado al árabe. Tenía razón, nunca en mi vida he lamentado nada verdaderamente. Cuando el presidente del tribunal me preguntó si deseaba decir algo, le dije que nunca había sido mi intención matar al árabe, que todo había sido por causa del sol. Todos rieron en la sala. Me dieron la sentencia de culpable y me condenaron a morir en la guillotina.

“No quise recibir al capellán, ni tenía deseos de hablar con nadie. Tan sólo pensaba en las posibilidades para volver a la libertad. Me concentré en dos cosas: el alba y mi petición de indulto. Pasé las noches esperando esa alba en la que me ejecutarían. Cuando despertaba y seguía vivo, reflexionaba sobre el indulto que deseaba obtener. Pero también me imaginaba que la petición sería rechazada y todo volvería a comenzar. Finalmente, el capellán entró

en mi celda. ¿Por qué rehúsa usted mis visitas?, me dijo. Contesté que no creía en Dios. Quiso saber si estaba seguro y le dije que yo mismo no tenía para qué preguntármelo; me parecía una cuestión sin importancia. No sé por qué, algo se rompió dentro de mí. Me puse a gritar y le insulté. Lo tomé por el cuello de la sotana. Cuando recuperé la calma, por primera vez pensé en mamá. Vaciado de esperanza, me abrí a la tierna indiferencia del mundo, tan parecido a mí. Me sentí feliz. Sólo me quedó esperar la presencia de muchos espectadores que me acogieran con gritos de odio cuando me ejecutaran”.

No hay sentimiento de mayor soledad que sentirse extranjero en su propia tierra. Meursault no nada más se sentía como un extranjero frente a los demás, sino ante sí mismo. En esta obra, Albert Camus nos describe la vulnerabilidad del hombre frente a aquello a lo que no encuentra explicación. Meursault es un extranjero en la sociedad en la que vive, un errante, un marginado y de alguna manera un ser estigmatizado. No juega el juego que todos juegan porque se rehúsa a mentir. Porque mentir no es sólo decir lo que no es verdad. Es sobre todo decir lo que se piensa, especialmente respecto a los sentimientos que salen desde el fondo del corazón, dicho de otro modo, decir más de lo que se siente. ¿No es esto acaso lo que todos intentamos hacer a diario para facilitarnos la vida? **U**